

MÚSICA

Un concierto

30 anys al vent

Raimon, Daniel Viglietti, Joan Manuel Serrat, Paco Ibáñez, Luis Cilia, Ovidi Montllor, Pete Seeger, Tao Rodríguez, Quico Pi de la Serra, Mikel Laboa, Warabi-za, Michel Portal, Coral Sant Jordi dirigida por Oriol Martorell y banda La Lira Ampostina. Barcelona, Palau Sant Jordi, 23 de abril.

MIQUEL JURADO Raimon celebraba los treinta años de la edición de su primer disco, un disco emblemático donde los haya, y para hacerlo había convidado a un puñado de amigos a compartir escenario en un concierto que se presumía multitudinario. El resultado podía haber sido una noche de nostalgia y lagrimita al viento. También podía haberse convertido fácilmente en un mitin reivindicativo de nuevas o viejas carencias, en una exaltación nacionalista, en acto preelectoral del grupúsculo que más corriera para capitalizarlo o en una caricatura rejuvenecedora a base de maquillaje y cartón piedra. Los 30 anys d'Al vent podían haber sido todo eso y muchas más cosas pero finalmente, y ante la sorpresa de bastantes, simplemente se trató de un concierto.

Justo eso fue lo verdaderamente importante de la noche, ganaron los que habían defendido a Raimon como un fenómeno cultural sobre los que siempre habían querido ver sólo un fenómeno social (cuando no político).

Fue un concierto tranquilo y relajado en el que el público se deleitó escuchando música y sólo en algunos momentos puntuales se exteriorizaron unos ánimos nada exaltados. No hubo consignas de ningún tipo, no ondearon grandes pancartas o multitud de banderas. Tampoco se vivía el ambiente tenso a punto de explotar de los muchos recitales de Raimon en

los sesenta y setenta que estos días la prensa se ha entretenido en recordar con pelos y señales (el *yo estuve allí* ha estado en demasiadas bocas últimamente). Ni siquiera se notaba ese fanatismo ciego (y sordo) dispuesto a aceptar todo lo que le echasen en nombre de la nostalgia.

El largo concierto (cuatro horas, es decir una más de las previstas y anunciadas) tuvo sus puntos álgidos y fueron mucho más álgidos los musicales que los otros. El Palau Sant Jordi se emocionó con la *Cançó de matinada* de Serrat tanto o más que se enardeció con las palabras de Paco Ibáñez dedicadas a los políticos de las primeras filas, dos extremos muy distantes entre sí que convivieron a la perfección.

Pete Seeger

Se corearon temas como *A galopar*, *A desalambiar*, *Viva la quinze brigada* o *Diguem no*, se siguió con el más respetuoso de los silencios las intervenciones de Ovidi Montllor o Mikel Laboa, con auténtica devoción la presencia entrañable del mítico Pete Seeger y su nieto Tao Rodríguez y con la más cariñosa de las entregas la versión en japonés de *Al vent* que trajeron Warabi-za o la actuación final de Raimon sutilmente acompañado por Michel Portal. El público tenía ganas de cantar *Diguem no* una vez más y en la inmensa bóveda del recinto olímpico la canción sonó con más fuerza plástica que guerrera dejando claro que en este bullicioso final de siglo que nos ha tocado vivir se puede oír y cantar a Raimon sin estar necesariamente apegado a un pasado.

Musicalmente la noche fue larga, tal vez demasiado. Algunas presencias podían haberse suprimido sin alteración conceptual y mejorando el ritmo



Raimon saluda al final del recital.

CARLES RIBAS

del espectáculo (por ejemplo: la banda La Lira Ampostina o Quico Pi de la Serra). Raimon podía haber cantado más, hacia el final de la noche estaba en vena y su voz sonaba con la convicción de los grandes momentos (la repetición de *Veles e vents* o las versiones de *Com un puny* o *Al meu país*, la *pluja* fueron realmente impresionantes), pero tampoco se trataba estrictamente de un concierto suyo sino de una celebración en la que todo parecía obedecer a la lógica más aplastante.

En el aspecto técnico fue destacable el sonido, la direc-

ción escénica y la construcción de un magnífico escenario (unos sencillos escalones y una gigantesca reproducción de Miró) que hubiera servido para romper las distancias entre músicos y público si las primeras filas no hubieran estado reservadas para VIPs de todos los colores con desprecio del público que había pagado religiosamente su entrada y se tuvo que contentar con peores localidades. Suspense para la chapucera realización televisiva que se pasó por las pantallas gigantes de vídeo situadas a ambos lados del escenario.

Un jacobeo intrínsecamente subversivo

M. VÁZQUEZ MONTALBÁN Por un momento conseguí salir de mí, de mi presencia en el Palau de Sant Jordi, y me vi con Salvador Clotas, Martín Capdevida y Ferran Fullà, los cuatro, en la escuela de la cárcel de Lérida, 1963, en torno de un pequeño disco en cuya portada aparecía un muchacho de nuestra edad, con una guitarra bajo el brazo, el reclamo de canciones como *Al vent* y de una presentación a cargo de Joan Fuster. *Nosaltres els valencians* nos hacía compañía en la celda, junto a Sweezy, Baran, *La estructura de la lírica moderna*, *Álgebra Moderna*, cada loco, cada estudiante con su tema. La voz de Raimon sonó cautiva en aquella escuela-celda, pero empezó a elevarse y alcanzó más allá de las rejas el vuelo de los vencejos y la línea imaginaria de las tierras del Segre. Al acabar *Al vent* comprendimos que habíamos escuchado algo profundamente nuevo y las vibraciones de la poderosa voz del valencianismo prometían romper los cristales de la estación y los emplomados vitrales

de una cultura amenazada por los enemigos exteriores y por los amigos que a veces la asfixiaban por exceso de refajos.

Tantas cosas empezaron con *Al vent* y la otra noche la canción de Raimon mostró su vocación de eternidad y se hizo otra vez voz del cantante, pero también se mostró apta para japonsidades y para echarle concierto a la cosa mediante la banda valenciana. El "jacobeo" de *Al vent* había convocado peregrinos de todas las tierras de la canción y de todas las tierras de España.

Carné de subversivo

Hubo quien se trajo a sus hijos para que comprendieran de qué precarias fuentes se alimentaba la esperanza en aquellos tiempos en que estar "al vent" o decir "no" te daba carné, naturalmente secreto, de subversivo, pero lo sorprendente es que el recital de Raimon y de los alegres muchachos compañeros de su noche conectó con una sensación colectiva de que las palabras han de liberarse de la in-

soportable levedad del saber y apostar por la descripción del desorden. La nostalgia se escondió ligera en los gaseosos techos del palacio catalano-japonés y la comunicación que se estableció en la sala fijaba a la vez conciencia, constatación, crítica por todas las tentaciones que han tratado de falsificar tantos orígenes para omitir el engorro de las identidades.

Allí estaba en el escenario Raimon oxigenándolo todo con su voz de huracán y su silencio educado a medias por Espriu y Mompou, y Serrat recuperando canciones de madrugada de fugitivo de ida y vuelta del Poble Sec, fugitivos de ida y vuelta como todos los que tuvimos patrias de infancia pequeñas y erosionadas. Allí estaba Quico demostrando que tampoco por "l'home del carrer" ha pasado el tiempo y sigue en su traje gris a la espera de la resurrección de las almas y las carnes. Y Paco, Paco Ibáñez llamando al orden a los políticos y dejando los caballos al galope para que enterraran en el mar insuficiencias y cansan-

cios democráticos. Y Viglietti, que nos recordó su tercer mundo, nuestro cuarto mundo, o Seeger, que nos ayudó a recuperar la memoria de ¡Ay Manuela! o ¡Ay Carmela!... eran la misma perdedora, confiada en que las canciones contaban la verdad de la Vida y de la Historia. Montllor, ¿por qué no canta Montllor si canta tan bien como siempre? ¡Y Cilia, tan necesaria su voz? Laboa, el musicador esencial.

Cuando volví de la cárcel de Lérida al Palau de Sant Jordi, no llevaba encima el consuelo de la nostalgia, sino la impresión de que el acto al que asistíamos no tenía nada que ver con una reunión de ex combatientes o ex cautivos. En muchos momentos fue una reunión intrínsecamente subversiva, aunque quizá la palabra subversión fuera un caligrama de la gran reproducción de Miró que en retaguardia y a su sublimada manera, siempre pintó a favor de las cosas necesarias. Eso es. Fue un acto necesario de balance y de ¡hasta aquí hemos llegado!

CANCIÓN

Apología de la infamia

Albert Plá

Albert Plá (voz), Pep Bordas (teclado, sonido y dirección musical), Pep Pérez (bajo), Carlos Muñoz (teclados), Rafael Cañizares (guitarra flamenca), Dani Rambla (percusión), Johnny y Peret (palmeros). Teatro Alcalá Palace. Madrid. 23 de abril.

RICARDO CANTALAPIEDRA Si Borges hubiera conocido a Albert Plá, seguramente lo habría incluido en su *Historia universal de la infamia*. Y si Thomas de Quincey levantara la cabeza y escuchara a este sabadellense de 26 años, escribiría *Del vituperio considerado como una de las bellas artes*. De hecho, una frase de De Quincey parece inspirada en Albert Plá: "Se empieza por un asesinato, se sigue por el robo y se acaba bebiendo excesivamente y faltando a la buena educación".

En efecto, Plá comienza su espectáculo con la historia de un niño que mata alevosamente a su hermano gemelo (*El sol de verano*); y el broche final del concierto es una canción tabernaria, *La cantina*, en la que el artista y su banda, vaso en mano, brindan procaxmente a la salud de una descarriada.

Quizás no sea mera coincidencia el hecho de que a la misma hora que Plá se presentaba en Madrid, en el Palau Sant Jordi de Barcelona comenzaba el magno recital de homenaje a Raimon por los 30 años de *Al vent*. Raimon es una institución. Albert Plá abomina de las instituciones. El chico salió respondón, atormentado, misántropo, enamorado de la belleza pura y dura. Si Raimon abanderó el inconformismo político, Plá va más lejos: todas y cada una de sus canciones son un alegato contra la condición humana. No es que se encuentre incómodo en su país, en una situación concreta; es que para él la vida no es sueño, sino pesadilla. Por eso insiste tanto en la muerte, en la angustia, en las postrimerías. Si no fuera por su sentido del humor y del sarcasmo, sería agobiante. Porque Plá no deja ni un resquicio para el optimismo.

Contra la autoridad

Una de sus canciones más polémicas, *Carta al rey Melchor*, no debe ser considerada como un libelo contra la monarquía, sino como un vilipendio contra la autoridad, sea ésta civil, religiosa, militar o cultural. Y todavía más: como es lúcido, tampoco se priva de maldecir de sí mismo.

Plá es uno de esos artistas que se van imponiendo por el boca a boca. El Alcalá Palace no estaba abarrotado, pero sí suficientemente lleno de una mocedad ilustrada con ganas de rumba y de bullanga. Claro que ese ansia de juerga y risas se convirtió para muchos en un cuchillo de oro que penetraba en lo más hondo. Porque nos encontramos ante un auténtico creador que convierte en belleza el desamparo y la igmominia. Y lo hace con talento, con un montaje escénico sorprendente; son músicos espléndidos, con sonido y luminotecnía efectistas. Pero si Plá no llega a un acuerdo con su angustia, la pesadilla se puede convertir en pescadilla que se muerde la cola.